

XVI

El falso exento y el fingido colector.

—Ahora, señor Barrabás, dijo Cauviñac, ¿lleváis en vuestra maleta algún vestido un poco menos lujoso que el puesto, y que os dé el aire de empleado de impuestos y resguardos?

—Tengo el del colector, que sabéis tenemos...

—¡Bien, muy bien! ¿Y tenéis su nombramiento?

—El teniente Ferguzón me había dicho que no se extraviase, y lo he guardado con mucho cuidado.

—El teniente Ferguzón es el hombre más previsor que conozco. ¡Ea! vestíos de colector y tomad ese nombramiento.

Barrabás salió, y al cabo de diez minutos volvió completamente transformado. Encontró á Cauviñac vestido de negro, que se parecía, á no dudarlo, á un empleado de justicia.

Ambos se encaminaron á casa del procurador. Maese Rabodin habitaba en un tercer piso en el fondo de un departamento, que se componía de una antesala, un despacho y un gabinete: sin duda habria otras piezas; pero como éstas no se abrian á los clientes, no hablaremos de ellas.

Cauviñac atravesó la antesala, dejó á Barrabás en el despacho, echó al pasar una mirada apreciadora sobre los

dos escribientes, que estaban al parecer ocupados en garrapatear, y pasó á su *sancta sanctorum*.

Maese Rabodin estaba sentado ante un bufete tan lleno de legajos, que el digno procurador parecia que estaba encerrado bajo las sumarias, expedientes y autos. Era éste un hombre alto, seco y amarillo: llevaba un vestido negro pegado á sus enjutos miembros, como la piel de la anguila vá unida á su cuerpo. Al sentir el ruido de los pasos de Cauviñac, enderezó su largo tronco encorvado, levantando la cabeza, que entonces sobrepujo al baluarte de papeles que le rodeaba.

Brillaban tanto los ojillos del procurador con un reflejo sombrío de avaricia y codicia, que Cauviñac creyó por un instante haber encontrado al basilisco, animal que los sabios modernos miran como fabuloso.

—Caballero, dijo Cauviñac, dispensad si me presento así en vuestro aposento sin anunciarme; pero añadió sonriendo del modo más atractivo: este es un privilegio de mi cargo.

—Un privilegio de vuestro cargo, dijo Maese Rabodin. ¿Y tendréis la bondad de decirme cuál es vuestro cargo?

—Soy exento de S. M.

—¿Exento de S. M.?

—Tengo ese honor.

—Caballero, no os comprendo.

—Vais á comprenderme. ¿Conocéis á maese Biscarrós, no es cierto?

—Es verdad que le conozco; es mi cliente.

—¿Qué pensáis de él? si no lo tenéis á mal.

—¿Qué pienso?

—Sí.

—¡Pienso... pienso... psi! que es un hombre muy guapo.

— Pues bien, caballero, estáis equivocado.

— ¿ Conque estoy equivocado ?

— Vuestro hombre guapo es un rebelde.

— ¡ Cómo, un rebelde !

— Sí, señor; un rebelde que se estaba aprovechando de la posición aislada de su posada para constituir la en foco de conspiración.

— ¡ De veras !

— Que se había comprometido á envenenar al rey, á la reina y al señor de Mazarino, si por acaso parasen en su posada.

— ¡ De veras !

— Y á quien acabo de prender y conducir á las cárceles de Liburnio, por la prevención de crimen de lesa-majestad.

— Caballero, me sofocáis, dijo Maese Rabodín apoyándose de espaldas en un sillón.

— Hay más, caballero, continuó el supuesto exento, y es que os halláis comprometido en este negocio.

— ¿ Yo, señor ? exclamó el procurador pasando de amarillo-limón á verde-manzana ; ¡ yo comprometido ! ¿ Y cómo es eso ?

— Vos tenéis una suma, que el infame Biscarrós destinaba al pago de una armada rebelde.

— Es cierto, caballero, que he recibido por él...

— Una suma de cuatro mil libras ; se le ha dado la tortura de los borceguies, y á la octava punta ha confesado el miserable que esa suma debía hallarse en vuestro poder.

— Lo está efectivamente, pero no hace más que un momento que la tengo.

— ¡ Tanto peor, caballero, tanto peor !

— ¿ Por qué es peor ?

— Porque voy á verme en la precisión de asegurar vuestra persona.

— ¿ Mi persona ?

— Sin duda. El auto de acusación os designa como cómplice.

El procurador pasó de verde-manzana á verde-botella.

— ¡ Ah ! si no hubieseis recibido esa suma, continuó Cauviñac, seria otra cosa ; pero vos confesáis que la habéis recibido, y ya conocéis que esto es un instrumento de convicción.

— Caballero, y si estoy pronto á entregarla, si os la doy ahora mismo, si declaro que no tengo ninguna relación con el miserable Biscarrós, si le desmiento ..

— No por eso dejarán de pesar sobre vos graves sospechas. Sin embargo, debo deciros que la inmediata devolución del dinero...

— Sí, señor, ahora mismo, exclamó Maese Rabodín. Todavía está el dinero ahí, en el talego en que se me ha mandado : no he hecho más que examinar la suma, nada más.

— ¿ Y es exacta ?

— Contadla vos mismo, señor ; contadla vos mismo.

— No, de ningún modo ; yo no tengo facultad para tocar al dinero de S. M. Pero viene conmigo el recaudador de Liburnio, que se le ha ordenado me acompañe para entenderse de las diferentes sumas que el infame Biscarrós diseminaba de este modo para reunir las en caso necesario.

— En efecto, me había encargado, que así que recibiese esas cuatro mil libras, se las hiciese remitir sin dilación.

— Lo veis, sin duda sabe ya que la princesa se ha fugado de Chantilly con dirección á Burdeos, y el mise-

rable reunía todos esos recursos para hacerse jefe de partido. — ¿Y vos no sospechabais nada?

— Nada, señor; nada.

— ¿Nadie os había avisado?

— Nadie.

— ¿Cómo tenéis atrevimiento de decir eso? exclamó Cauviñac extendiendo el dedo hacia la carta del paisano, que había quedado abierta entre otros varios papeles sobre el bufete de Maese Rabodín. ¿Cómo decís eso, cuando vos mismo me suministráis la prueba en contrario?

— ¿Cómo la prueba?

— ¡Válgame Dios! Leed.

Rabodín leyó con voz trémula:

« Maese Rabodín: os remito las cuatro mil libras de » costas é intereses en que he sido condenado contra » Maese Biscarrós, que sospecho hará de ellas un uso » culpable. »

— ¡Un uso culpable! repitió Cauviñac; ya veis que la horrible conducta de vuestro cliente se ha extendido hasta aquí.

— ¡Caballero, estoy aterrado! dijo el procurador.

— No debo ocultaros, caballero, dijo Cauviñac, que mis órdenes son severas.

— Os juro que soy inocente.

— ¡Pardiez! Lo mismo decía Biscarrós antes de aplicarle la tortura; pero al quinto clavo cambió de lenguaje.

— Os digo, caballero, que estoy dispuesto á entregaros el dinero. Vedle ahí, tomadle, pues ya me pincha.

— Hagamos las cosas en regla, dijo Cauviñac. Ya os he dicho que no tengo facultad para tocar el dinero del rey. Y dirigiéndose entonces hacia la puerta, dijo: — Venid, señor recaudador; cada cual á su oficio.

Barrabás entró.

— El señor lo confiesa todo, continuó Cauviñac.

— ¡Cómo que lo confieso todo! exclamó el procurador.

— Sí; vos habéis confesado que estabais en correspondencia con Biscarrós.

— Señor, yo no he recibido nunca más que dos cartas tuyas, y no le he escrito más que una.

— El señor confiesa que tiene fondos pertenecientes al acusado.

— Ahí están, señor. Jamás he recibido por cuenta suya más que esas cuatro mil libras, que estoy pronto á entregaros.

— Señor colector, dijo Cauviñac, justificad vuestra identidad por medio de vuestro despacho; contad ese dinero, y dad un recibo de él en nombre de S. M.

Barrabás tendió su nombramiento al procurador, que le rechazó con la mano, temiendo hacerle una injuria leyéndolo.

— Ahora, dijo Cauviñac, mientras que Barrabás, temeroso de equivocarse, contaba el dinero; ahora es menester seguirme.

— ¿Seguirnos?

— Sin duda. ¿No os he dicho que sois sospechoso?

— ¡Pero, señor! os juro que no tiene S. M. un servidor más leal que yo.

— Nada hay más fácil que afirmar, vos mejor que nadie lo sabéis, señor procurador; y en justicia no basta con la afirmación del presunto reo, se necesitan pruebas.

— Pruebas, las daré.

— ¿Cuáles?

— Toda mi vida pasada.

— Eso no es bastante; es menester una garantía para lo futuro.

- Indicadme lo que sea preciso, y lo haré.
- Hay un excelente medio de probar de manera incontestable vuestra lealtad al rey.
- ¿Cuál?
- En este momento se encuentra en Orleans un capitán amigo mio, que forma una compañía para el rey.
- ¿Y bien?
- Deberiais alistaros en esa compañía.
- ¿Yo, caballero? ¡Un procurador!...
- El rey tiene mucha necesidad de procuradores, caballero, porque sus negocios andan muy embrollados.
- Lo haria con mucho gusto, señor; pero ¿y mi despacho?
- Vuestros oficiales le desempeñarán.
- ¡Es imposible! ¿Y las firmas?
- Disimulad, señor, si me mezclo en la conversación, dijo Barrabás.
- ¿Cómo? dijo el procurador; hablad, caballero, hablad.
- Me parece que si en su lugar el señor, que haria un triste soldado...
- Sí, señor, muy triste, tenéis razón; contestó el procurador.
- Si este caballero ofreciese á vuestro amigo, ó mejor dicho al rey...
- ¿Qué? caballero; ¿qué puedo ofrecer al rey?
- Sus dos escribientes.
- Sin duda alguna, exclamó el procurador; seguramente, y con mucho gusto. Que tome vuestro amigo los dos, se los doy; y que son dos mocitos como dos clavos.
- El uno de ellos me parece un niño.
- ¡Quince años, señor, quince años! Y una fiera pro-

- digiosa para tirar de un tambor. Venid acá, Fricotin.
- Cauviñac hizo una seña con la mano, para indicar que deseaba se dejase á Fricotin donde estaba.
- ¡El otro! continuó.
- Tiene diez y ocho años, cinco pies y seis pulgadas; es aspirante de portero en San Salvador, y por consiguiente, ya conoce el manejo de la alabarda. Venid acá, Chalumeau.
- Pero es horriblemente vizeo, según me ha parecido, dijo Cauviñac haciendo una segunda seña igual á la primera.
- Tanto mejor, caballero, tanto mejor; así le pondréis de centinela, y como estará al raso, verá á un mismo tiempo á derecha é izquierda, mientras que los demás no ven sino lo que tienen delante.
- Si, es una ventaja, ya lo sé; pero bien comprendéis que el rey tiene mucho en que pensar. Para pleitear á cañonazos hay más que hacer que para pleitear de palabras: el rey no puede encargarse del equipo de esos dos mocitos; hará bastante si cuida de su instrucción y de su sueldo.
- Caballero, dijo Maese Rabodin, si no es necesario más que eso para probar mi fidelidad al rey... ¡vamos, haré un sacrificio!
- Cauviñac y Barrabás cambiaron una mirada de inteligencia.
- ¿Qué opináis, señor colector? dijo Cauviñac.
- Pienso que el señor parece hombre de bien, repuso Barrabás.
- Y que por consiguiente es necesario tener con él alguna consideración. Dad al señor un recibo de quinientas libras.
- ¡Quinientas libras!

— Un recibo, expresando ser dicha cantidad para el equipo de dos reclutas, que el celo de Maese Rabodín ofrece á los ejércitos de S. M.

— Pero al menos, mediante este sacrificio, caballero, ¿podré quedar tranquilo?

— Sin duda.

— ¿No se me inquietará?

— Así lo espero.

— ¿Y si contra toda justicia se me persiguiese?

— Apelar á mi testimonio. — ¿Pero consentirán vuestros dos escribientes?

— Con mil amores.

— ¿Estáis seguro?

— Sí, señor. Sin embargo, convendría no decirles...

— El honor que les espera ¿no es eso?

— Sería lo más prudente.

— ¿Y cómo haremos eso?

— Muy sencillamente; se los mando á vuestro amigo.

¿Cómo se llama?

— El capitán Cauviñac.

— Se los mando á vuestro amigo, el capitán Cauviñac con cualquier pretexto; aunque valdría más que fuese fuera de Orleans para evitar un escándalo.

— Sí, y para que no les dé el deseo á los orleaneses de azotarlos con varas, como comandó hacer Camilo con aquel maestro de escuela de la antigüedad...

— Si, los enviaré fuera de la ciudad.

— Á la carretera de Orleans á Tours, por ejemplo.

— Á la primera posada.

— Y allí se encontrarán con el capitán Cauviñac á la mesa, que les ofrecerá un vaso de vino proponiéndoles que brinden á la salud del rey; beben con entusiasmo, y cátales ya hechos soldados.

— Perfectamente; ahora podéis llamarlos.

El procurador llamó á los dos jóvenes. Fricotin era un truhanzuelo de cuatro pies no cabales, vivo, despierto y fornido; Chalumeau era un simplón de cinco pies y seis pulgadas delgado como un hisopo y colorado como un rábano.

— Señores, dijo Cauviñac, Maese Rabodín, vuestro procurador, os quiere encargar de una misión de confianza; quiere que mañana por la mañana vayáis á la primera venta que se encuentra en el camino de Orleans á Blois, á recoger un legajo de piezas relativas á un proceso formado por el capitán Cauviñac contra el señor de Larochevoucault; por este paseo os regalará Maese Rabodín veinte y cinco libras á cada uno.

Fricotin, mozo naturalmente crédulo, dió un salto de tres pies. Chalumeau, cuyo carácter era desconfiado, miró á la vez á Cauviñac y al procurador con una expresión de duda, que le hacia tres veces más visco de lo que era.

— Pero, dijo Maese Rabodín con viveza, esperad un momento; yo no me he obligado á dar esas cincuenta libras

— Maese Rabodín, continuó el falso exento, se reintegrará de esa suma, con los honorarios del proceso entre el capitán Cauviñac y el duque de Larochevoucault.

Maese Rabodín bajó la cabeza: lo habían pillado en el garlito, y no habia más recurso que pasar por ello ó ir á la cárcel.

— Vamos, dijo el colector; mirad cómo habia previsto vuestros deseos.

Y le entregó un papel, en que habia escrito estas líneas:

« He recibido de Maese Rabodín, fidelísimo súbdito de S. M., á título de ofrenda voluntaria, la cantidad de qui-

nientas libras para ayudarle en la guerra contra los príncipes. »

— Si os parece, dijo Barrabás, añadiré los dos escribientes en el recibo.

— No, no, dijo con viveza el procurador. Está perfectamente así.

— Á propósito, dijo Cauviñac á Maese Rabodin, decid á Fricotin que lleve su tambor, y Chalumeau que se arme con su alabarda: esto menos habrá que comprar.

— ¿ Pero, bajo qué pretexto queréis que les haga este encargo ?

— ¡ Pardiez ! bajo pretexto de distraerse por el camino.

Después de esto, el falso exento y el fingido colector se retiraron, dejando á Maese Rabodin completamente aturdido por el peligro que había corrido, y muy contento de haberse salvado á tan poca costa.

XVII

Las dos rivales

Á la mañana siguiente sucedió cuanto había previsto Cauviñac: el sobrino y el ahijado llegaron los primeros, ambos montados sobre sus caballos; más tarde Fricotin y Chalumeau, el uno con su tambor y el otro con su alabarda. Mucho fué necesario vencer por una y otra parte, cuando se les explicó que estaban alistados al servicio de los príncipes; pero todas las dificultades se allanaron ante las amenazas de Cauviñac, las promesas de Ferguzón y la lógica de Barrabás.

Los caballos del sobrino y el ahijado se destinaron á conducir los bagajes; y como era una compañía de infantería la que tenía encargo de formar Cauviñac, los dos nuevos reclutas nada tuvieron que decir.

Pusiéronse en camino. La marcha de Cauviñac se asemejaba á un verdadero triunfo. El ingenioso partidario había encontrado el medio de atraer á la guerra los más tenaces partidarios de la paz. Á unos hacía abrazar la causa del rey, y á otros la de los príncipes. Quiénes creían servir al parlamento, quiénes al rey de Inglaterra, y hubo quien propusiese una excursión á la Escocia para reconquistar sus Estados. Ya desde luego había mediado alguna diferencia en los colores, alguna discordancia en las reclamaciones, que el teniente Ferguzón, á pesar de

su persuasión, había tenido que someter por fuerza á la regla de la obediencia pasiva. Sin embargo, con la ayuda de un misterio continuo y necesario, respecto al éxito de la opinión, soldados y oficiales se dejaban conducir, sin saber lo que iba á ser de ellos. A los cuatro días de haber salido Cauviñac de Chantilly, había reunido veinticinco hombres. Muchos ríos formidables al desembocar en el mar, tienen un origen menos imponente.

Cauviñac buscaba un centro: llegó á una pequeña aldea que estaba situada entre Chatellerault y Poitiers, y creyó haber encontrado allí lo que buscaba. Era esta la aldea de Jaulnay: Cauviñac la reconoció por haber estado en ella una noche á traer una orden á Canolles, y estableció su cuartel general en la posada, donde recordaba haber cenado bastante bien aquella noche. Por otra parte, no había tampoco donde escoger; pues ya hemos dicho que aquella posada era sola.

Apostado así sobre el camino principal de París á Burdeos, Cauviñac tenía á sus espaldas las tropas del señor de Larochehouc, que sitiaban á Saumur, y á su vanguardia las del rey, que se concentraban en la Guena. Tendiendo así la mano á unos y otros, se guardaba muy bien de enarbolar un color determinado antes de tiempo, y trataba solamente de componer un núcleo de unos cien hombres de quienes poder sacar gran partido. El enganchamiento marchaba bien, y Cauviñac tenía ya concluida casi la mitad de su tarea.

Un día que Cauviñac, después de haber pasado toda la mañana en caza de hombres, estaba por costumbre en acecho á la puerta de la posada conversando con su teniente, vió asomar por el extremo del camino á una señora joven, que iba á caballo seguida de un escudero, montado como ella, y dos machos cargados de equipajes.

La soltura y gallardía con que la bella amazona manejaba su caballo, el talante rígido y fiero del escudero que la acompaña, despertaron un recuerdo en la cabeza de Cauviñac. Puso su mano sobre el brazo de Ferguzón, que mal humorado aquel día, estaba triste y pensativo, y le dijo señalándole á la viajera:

— ¡Vé allí el soldado nº 50 del regimiento de Cauviñac, ó que la muerte me lleve!

— ¿Quién, aquella señora?

— Justamente.

— ¡Vaya, pues! ya tenemos un sobrino que debía ser abogado, un ahijado que debía ser clérigo, dos escribientes de procurador, dos droguistas, un médico, dos panaderos y dos paveros; matos soldados todos, me parece, si no se les agrega una mujer, porque un día ú otro será necesario batirse.

— Si, pero nuestro tesoro no asciende aun más que á veinticinco mil libras (se vé que tanto la tropa como el dinero, habrían sido la bola de nieve); y si pudiéramos llegar á redondear esa suma, por ejemplo, á treinta mil libras, me parece que no sería mala partida.

— ¡Ah! si ves la cosa bajo ese aspecto, es muy diferente; nada tengo que decir, y apruebo tu pensamiento.

— ¡Silencio! Vas á ver,

Cauviñac se acercó á la joven señora, que estaba parada delante de una de las ventanas de la posada, interrogando á la huésped, que le respondía desde adentro del aposento.

— Á vuestras órdenes, caballero, dijo Cauviñac con finura, llevándose caballerosamente la mano á su sombrero.

— ¡Caballero, á mí! dijo la dama sonriendo.

— Á vos, si, lindo vizconde.

Apdo. 1625 MONTEBERRY, MEXICO

"ALFONSO REYES"

BIOTICA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

La señora se ruborizó.

— No sé qué es lo que queréis decir, caballero, respondió.

— ¡ Oh, sí ! y la prueba es que tenéis ya medio palmo de colorete en las mejillas.

— Seguramente os equivocáis, caballero.

— ¡ No tal, no ! por el contrario, sé perfectamente lo que me digo.

— Vamos, caballero, hasta de bromas.

— Ea, señor, no hablo de broma ; y si queréis la prueba os la voy á dar. Yo he tenido el honor de encontraros, hará unas tres semanas, en el traje propio de vuestro sexo, una tarde á orillas del Dordoña, seguido de vuestro fiel escudero el señor Pompeyo. ¿ Está con vos aun el señor Pompeyo ? ; Calle, sí, justamente, hele ahí, el buen Pompeyo ; ¿ Decid también que no le conozco ?

El escudero y la joven se miraron estupefactos.

— Sí, sí, continuó Cauviñac, eso os admira, mi lindo vizconde ; pero no os atreveréis á decir que no sois el mismo que encontré allí, bien sabéis, en el camino de San Martín de Cubzac, á un cuarto de legua de la posada de Maese Biscarrós.

— No niego ese encuentro, caballero.

— ¡ Ah ! ¿ Lo veis ?

— Solo si que ese día iba disfrazada.

— No, no, hoy es cuando lo estáis ; eso nada tiene de particular. En toda la Guiena están dadas las señas del vizconde de Cambes, y juzgáis prudente, para alejar toda sospecha, adoptar momentáneamente ese traje, que por otra parte, debo haceros justicia, os sienta perfectamente.

— Caballero, dijo la vizcondesa con una turbación que en vano quería disimular ; si no entremezcláis en vuestra

conversación algunas palabras sensatas, de veras os creeré loco.

— No os haré por cierto ese mismo cumplido ; pues creo muy razonable disfrazarse cuando se conspira.

La joven, cada vez más inquieta, fijó en Cauviñac una mirada.

— En efecto, caballero, dijo ella, me parece que os he visto en alguna parte ; pero no recuerdo dónde,

— La primera vez, ya os he dicho que fué á orillas de Dordoña.

— ¿ Y la segunda ?

— La segunda en Chantilly.

— ¿ El día de la caza ?

— Justamente.

— Entonces, caballero, nada tengo que temer ; sois de los nuestros.

— ¿ Por qué ?

— Porque estabais en casa de la princesa.

— Permitidme que os diga que esa no es una razón.

— Sin embargo, me parece...

— Allí habia mucha gente, para tener la certeza de que todos los que allí se encontraban eran amigos.

— Cuidado con ello, caballero ; haríais que concibiese una idea singular de vos.

— ¡ Eh ! Pensad de mi lo que os agrade ; no soy muy sensible.

— Pero, en fin, ¿ qué deseáis ?

— Haceros, si lo tenéis á bien, los honores de esta posada.

— Gracias, caballero, no os necesito ; y espero á otro sujeto.

— Está muy bien ; desmontad, y mientras llega ese sujeto hablaremos un rato.

— ¿Qué hay que hacer, señora? preguntó Pompeyo.

— Desmontar, pedir una habitación y disponer la cena, dijo Cauviñac.

— Caballero, dijo la vizcondesa, me parece que aquí es á mi á quien toca dar órdenes.

— Eso es según y conforme, vizconde, si se atiende á que yo mando en Jaulnay, y á que tengo cincuenta hombres á mi disposición. Pompeyo, haced lo que he dicho.

Pompeyo bajó la cabeza y entró en la posada.

— ¿Pero qué es esto, caballero, me arrestáis? preguntó la joven.

— Tal vez.

— ¿Cómo? tal vez.

— Sí, eso dependerá de la conversaci6n que vamos á tener juntos. Pero tomaos la molestia de bajar, vizconde; así, bien, ahora aceptad mi brazo: los mozos de la posada cuidarán de llevar vuestro caballo á la cuadra.

— Obedezco, caballero, porque ya lo habéis dicho, sois aquí el más fuerte: no tengo ningún medio de resistencia; pero sólo os advierto una cosa, y es que la persona que espero, y que vá venir, es un oficial del rey.

— Y bien, vizconde, me haréis el honor de presentarme á él, y tendré sumo gusto en conocerle.

La vizcondeza comprendió que no podría oponer resistencia, y echó á andar delante, haciendo seña á su extraño interlocutor de que podía seguirla.

Cauviñac la acompañó hasta la puerta de la habitación que le había preparado Pompeyo; y ya iba á atravesar el umbral detrás de ella, cuando subiendo rápidamente la escalera Ferguzón, se acercó á su oído y le dijo:

— ¡Capitán, un carruaje con tres caballos, un joven en mascarado dentro, dos lacayos en las portezuelas!

— ¡Bueno! repuso Cauviñac. Ese es probablemente el caballero que se espera.

— ¡Ah! ¿Se espera un caballero?

— Sí; y ya le salgo al encuentro. Quédate en este corredor y no pierdas de vista la puerta: deja entrar á todo el mundo, pero que nadie salga.

— Basta, capitán.

Una silla de posta acababa en efecto de parar á la puerta de la posada, escoltada por cuatro hombres de la compañía de Cauviñac, que la habían encontrado á cuatro leguas de la villa, y desde aquel momento la habían acompañado. En el fondo de la silla estaba, más tendido que sentado, un caballero vestido de terciopelo azul, embozado en una ancha capa forrada. Desde el momento en que los cuatro hombres rodearon el carruaje, el caballero les había dirigido varias preguntas; pero viendo que á pesar de su exigencia, aquellas preguntas habían quedado sin respuesta, parecía que se había resignado á esperar, y solo de tiempo en tiempo alzaba la cabeza para ver si se acercaba algún jefe á quien poder pedir la explicación de la conducta singular que su gente había tenido con él.

Por lo demás, era imposible apreciar en su justo valor la impresión que produjo en el joven viajero este suceso, en atención á que le cubría la mitad del rostro una de esas caretas de raso negro, llamados lobos, y que en aquella época estaban muy á la moda. Fuera de esto, lo que la máscara dejaba ver, es decir, lo alto de la frente y lo inferior de la cara, denotaba juventud, belleza y valor; los dientes eran pequeños y blancos, y á través de la careta centelleaban sus ojos.

Había á cada lado del carruaje un lacayo; ambos estaban pálidos y temblorosos, á pesar del mosquetón que traían apoyado en el muslo, y eran tan altos, que pare-

cian montados en sus caballos, estar elevados sobre las portezuelas del coche. Este cuadro hubiera podido pasar por una escena de salteadores deteniendo á unos viajeros, á no ser por la luz del medio día, la posada, la figura risueña de Cauviñac y el aplomo de los pretendidos ladrones.

Á la vista de Cauviñac, que avisado por Ferguzón, aparecía á la puerta, el joven detenido lanzó un pequeño grito de sorpresa, y se llevó vivamente la mano á la cara, como para asegurarse de que aun llevaba su máscara. Esta convicción pareció tranquilizarle algún tanto.

Por muy rápido que fuese este movimiento, no se escapó á la penetración de Cauviñac. Miró al viajero, como hombre acostumbrado á descubrir los rasgos aun en las fisonomías más disfrazadas, después de lo cual se estremeció á su pesar con una sorpresa casi igual á la que había manifestado el caballero vestido de terciopelo azul; sin embargo, se repuso, y quitándose el sombrero con una gracia particular, dijo:

— Bella señora, seáis bienvenida.

Los ojos del viajero brillaron con asombro á través de las aberturas de su careta.

— ¿Adónde vais de ese modo? continuó Cauviñac.

— ¿Adónde voy? repuso el viajero desentendiéndose del saludo de Cauviñac, y respondiendo solamente á su pregunta; ¿adónde voy! Mejor que yo debéis saberlo vos, puesto que no soy libre de continuar mi viaje. Voy adonde me queráis llevar.

— Permitidme que os advierta, continuó Cauviñac con una delicadeza progresiva, que eso no es responder, bella señora. Vuestra detención es momentánea. Después que hayamos hablado un momento de nuestros mutuos asun-

tos, sin disfraz en el corazón ni en el rostro, continuaréis vuestro camino sin impedimento alguno.

— Perdonad, dijo el joven viajero; antes de ir más lejos es preciso deshacer un error. Según dais á entender, me tenéis por mujer, cuando por el contrario, estáis viendo por mis vestidos que soy hombre.

— Vos no ignoráis el proverbio latino: *Ne nimium crede colori*. El sabio no juzga por apariencias. Y como yo tengo pretensiones de sabio, resulta que bajo ese traje mentiroso, he reconocido..

— ¿Qué? preguntó el viajero con impaciencia.

— ¡Psí! Ya os lo he dicho: ¡una mujer!

— Pero si soy una mujer, ¿por qué me detenéis?

— ¡Tóma! Porque en los tiempos en que vivimos son las mujeres más perjudiciales que los hombres; así es, que á nuestra guerra pudiera llamársele con propiedad la guerra de las mujeres. La reina y la señora de Condé son las dos potencias beligerantes. Éstas tienen por tenientes generales á la señorita de Chevreuse, la señora de Montbazón, la de Longueville... y vos. La señorita de Chevreuse es el general del señor coadjutor; la señora de Montbazón lo es del señor de Beaufort; la señorita de Longueville es el general de Larochehoucault, y vos... vos, que me parece que tenéis trazas de ser el general del Duque de Epernon.

— Vamos, está visto, caballero, que sois loco, dijo el joven viajero encogiéndose de hombros.

— No os daré más crédito, hermosa señora, que el que hace un momento daba á un joven que me hacia el mismo cumplido.

— ¿Le sosteniais, quizás, que ella era un hombre?

— Justamente. Yo, que conocí en seguida á mi caballero, por haberlo visto una tarde á principios del mes de

mayo, rondar junto á la posada del Becerro de Oro, no me he dejado engañar por sus sayas, sus cofias y su voccita de tiple; como tampoco me dejo engañar de vuestra armilla azul, de vuestro sombrero gris y vuestras botas; y le he dicho: amigo mío, adoptad el nombre, traje y voz que os dé la gana, no por eso dejaréis de ser el vizconde de Cambes.

— ¡El vizconde de Cambes! exclamó el joven viajero.

— ¡Ah! Os choca el nombre, á lo que parece. ¿Le conocéis también por casualidad?

— ¿Un caballero muy joven, casi un niño?

— Tendrá diez y siete ó diez y ocho años lo más.

— ¿Muy rubio?

— Muy rubio.

— ¿Grandes ojos azules?

— Muy grandes y muy azules.

— ¿Está aquí?

— Aquí está.

— ¿Y decís que vá?...

— Disfrazado de mujer el bribón, como vos vais disfrazado de hombre, bribona.

— ¿Y á qué viene aquí? dijo el joven con una vehemencia y una turbación, que se hacían cada vez más visibles, al paso que Cauviñac se mostraba más sobrio de gestos y más avaro de palabras.

— ¿Qué sé yo? repuso Cauviñac recalando cada una de sus palabras; pero parece que tiene una cita con uno de sus amigos.

— ¿Uno de sus amigos?

— Sí.

— ¿Un caballero?

— Probablemente.

— ¿Barón?

— Tal vez.

— ¿Y se llama?...

La frente de Cauviñac se plegó bajo un pensamiento difícil, que por primera vez se presentaba á su imaginación, y que al entrar en ella hacia visiblemente una revolución en su cerebro.

— ¡Oh, oh! mormuró. Este sería un buen bocado.

— Y se llama... repitió el joven viajero.

— Esperad, dijo Cauviñac, esperad... su nombre acaba en *olles*.

— ¡El señor de Canolles! exclamó el viajero, cuyos labios se cubrieron de una palidez mortal, lo que hacía resaltar de una manera siniestra lo negro de su máscara sobre la blancura de su piel.

— Ese mismo, el señor de Canolles, respondió Cauviñac siguiendo con los ojos sobre la parte visible del rostro y sobre el cuerpo del joven la revolución que en él se efectuaba. El señor de Canolles, habéis dicho bien. ¿Conocéis vos también al señor de Canolles? — ¡Caramba! ¿Vos conocéis á todo el mundo?

— Basta de bromas, dijo el joven, cuyos miembros trémulos mostraban que estaba próximo á desmayarse. ¿Dónde está esa señora?

— En aquel cuarto. Mirad, la tercera ventana contando desde esa que tiene las cortinas amarillas.

— Quiero verla, exclamó el viajero.

— ¡Ay, ay! ¿Me habré yo equivocado y seréis vos ese señor de Canolles á quien espera? Ó más bien, ¿no será el señor de Canolles aquel lindo caballero que viene allí, seguido de un lacayo, que me parece un señor fatuo?

El joven viajero se arrojó hacia el cristal delantero del carruaje con tanta precipitación, que le rompió con la frente.

— ¡ Él es ! exclamó, sin advertir siquiera que salían algunas gotas de sangre de una herida leve. ¡ Oh, desgraciada ! ¡ El viene ! ¡ Va á encontrarla ! Estoy perdida.

— ¡ Ah ! Bien veis que sois una mujer.

— Se habian citado, continuó el joven viajero torciéndose los brazos. ¡ Oh ! me vengaré.

Cauviñac quería soltar una nueva broma, pero el joven le hizo una seña imperiosa con la mano, mientras que con la otra arrancaba su careta ; y entonces se vió aparecer el pálido semblante de Nanon fulminando amenazas á los ojos tranquilos de Cauviñac.

XVIII

Amor y celos

— Buenos días, hermanita, dijo Cauviñac á Nanon, tendiéndole la mano con la más imperturbable flemma.

— Buenos días. Según eso, me habías conocido, ¿ no es cierto ?

— Desde el mismo instante en que te vi. No bastaba con haber ocultado tu rostro, era necesario cubrir también ese lindo lunar y esos dientecitos de perlas ; á lo menos, cuando quieras disfrazarte, coqueta, ponte una máscara entera ; pero sin duda no tienes presente el... *et fugit ad salices...*

— Basta, dijo imperiosamente Nanon ; hablemos con formalidad.

— Justamente no deseo otra cosa ; tan sólo hablando con formalidad es como se hacen los buenos negocios.

— ¿ Dices que está aquí la vizcondesa ?

— En persona.

— ¿ Y que el señor de Canolles entra en la posada en este momento ?

— Aun no : acaba de echar pie á tierra, y pone la brida en manos de su lacayo. ¡ Ah ! También le han visto de la otra parte. Mira cómo abren la ventana, y cómo asoma la cabeza de la vizcondesa. ¡ Oh ! ha dado un grito